

cuantitativo, a una fórmula? Las capillas simbolistas le dieron este gusto por las fórmulas sabias, fatales, extrañas, curiosas, precisas, cifradas, que no significan gran cosa.

Después de leer estas objeciones a la obra de Valéry, cuya veracidad y acierto podrá discutirse, pero no su perspicacia, no comprendemos bien por qué Leon Pierre Quint continúa considerándolo como uno de los «cuatro o cinco primeros escritores de nuestra época». Veamos si al estudiar las primeras obras de Valéry nuestra curiosidad queda satisfecha:

La obra de Paul Valéry no es larga de leer. Era casi un adolescente cuando escribió, al mismo tiempo que algunos extraños poemas simbolistas, la *Introducción al Método de Leonardo de Vinci*, de unas cincuenta páginas de texto, aparecida en la *Nouvelle Revue*, que entonces dirigía Julieta Adam. En este ensayo, bien conocido, sabemos que Valéry se sirve del personaje histórico de Vinci solamente como punto de partida: Vinci maestro en todas las artes y las ciencias, parece representarle el tipo ideal de la inteligencia universal. ¿Qué es lo que caracteriza esta inteligencia, que Valéry trata de reconstruir?

El desprendimiento de todas las opiniones, de todos los sentimientos, de todos los éxtasis, porque son cosas vagas. Por lo tanto, es la facultad de análisis, llevada al máximo de rigor posible y que tiende a fijar cierta cantidad de relaciones, expresables en palabras, cifras o signos. La inteligencia universal es precisamente la que posee mayor número de elementos de este lenguaje preciso.

El año siguiente, a los veinticuatro años de edad, Valéry redactó la célebre *Soirée avec M. Teste* que no tiene más de treinta páginas. Esta vez el autor, en plena libertad, ima-

gina un genio del ensueño. Por desprecio a los hombres y a la celebridad humana, M. Teste desdeña probar su superioridad en una creación cualquiera. Su genio reside simplemente en el poder maravilloso que ha adquirido su inteligencia. ¿Cómo ha sucedido esto? Exactamente por los medios descritos en el *Método de Leonardo de Vinci*, es decir, por el desarrollo de esta inteligencia pura, *por y para* ella misma.

¿Cuál es, por último, este poder extraño de M. Teste? Valéry lo ha dejado entrever desde algún tiempo atrás. La memoria de Teste retenía los recuerdos, no disminuidos por el pasado, sino al contrario, se conservaban como equivalentes completos de las impresiones originales. Por supuesto que alcanzaba la atención suprema, dentro del estado de conciencia más elevado. Así había llegado a descubrir leyes del espíritu que nosotros ignoramos. Había suprimido el azar en su actividad intelectual. Si hubiera deseado ser un hombre de acción, «nada ni nadie le hubiera resistido».

M. Teste es más que una simple construcción de la inteligencia; es un hombre que ha quebrado, con un concentrado ardor y con un mínimo de gestos, cierto número de leyes humanas. Por esto, es humano. Sólo no ha podido vencer el sufrimiento físico. Por esto no puedo leer este pequeño libro sin sentirme cogido de nuevo. Constituye, a mi juicio, la obra maestra de Valéry.

Como puede verse, la admiración de Leon Pierre Quint por Valéry se manifiesta antes que nada porque es autor de esa pequeña maravilla que es la creación del poeta francés, de ese sugestivo personaje que se llama Monsieur Emile Teste.

#### CHILE DESDE FUERA

En el último número de *Nosotros*, la revista que en Argentina

realiza una labor similar a la de *Atenea* entre nosotros, aparece un interesante artículo de Manuel A. Seoane, conocido nuestro y redactor de esta revista, titulado *Huella espiritual de un viaje a Chile*, del que extractamos los más interesantes párrafos.

Después de contemplar el silencio solemne de los Andes, la callada gravedad de sus montañas, nos explicamos muchas de las características que se reflejan en el araucano. Por lo general, encontraremos hombres de largos mutismos. Envueltos en su ego misterioso, su conversación es intermitente, desigual, como su panorama. A veces desciende a los valles su confianza, y conversa afable, cordial, pero de pronto se parapeta, se reconcentra, se yergue a nuestra vista como una cúspide rocosa. Se le mira, pero no se le ve. Está detrás de sí mismo. No hay cómo romper ese abismo súbito y levemente hostil. Le viene del alma, del meollo del alma, y el forastero se detiene inquieto. Puede proseguir la charla, pero siempre angulosa, con quebradas y precipicios, con alegres sonos campesinos interrumpidos de pronto por fríos silencios impenetrables.

Y es que el chileno es fuerte, como su suelo. Carece de esa espontaneidad comunicativa del hombre de la llanura. No es sentimental ni dulzón. Al contrario, prevalece en su ánimo un instinto agresivo, alerta. Dentro de su alma hay perennemente un centinela. Un centinela que está armado. La vida para el araucano no es un deslizamiento. Es un combate. Y se ha hecho a su destino belicoso, del que se enorgullece, con una nueva y adusta prosapia combativa. Antiguamente sus leyendas monetarias decían: «Por la razón o la fuerza.» Ahora las leyendas han desaparecido de las monedas. Pero nada más que de las monedas.

Esta potencia íntima, esta fría y brava resolución de abrirse camino, hacen del chileno un hombre corajudo, beligerante, guerrero. Un tipo de inconmensurable fuerza reprimida. Podrá, a las veces, aparecer tranquilo, calmo, perezoso, como una tarde otoñal. Pero si necesita luchar, si alguien amenaza o destruye aquello que él ama y precisa, despertará bruscamente, se lanzará con fiereza, con saña, sin dar ni pedir cuartel, ebrio de pasión y bravura. Esta indómita pujanza, esta necesidad religiosa de creer en su fuerza y en lo inmediato e inevitable de su triunfo, han hecho del chileno un curioso caso de amor propio. No raciocina ni analiza. No medita. Cuando su ley lo llama a la pelea—en sentido espiritual o personal o nacional—se entrega a ella frenético, sin saber si es o no posible la victoria. No le importa. Su ancestro lo arrastra al combate, lo domina, lo subyuga. Y es su afán por la lucha, su genérico afán por la lucha, el que satisface complacido.

Al chileno, desde que nace, lo capta el ritmo nacional. Los dioses tutelares de la patria son paradigmas de belicosidad y empuje. Los héroes civiles, los constructores de la paz, están rezagados. Por eso, casi todas las estatuas de Chile están a caballo y con espada. Esto ha producido un orgullo nacional exacerbado. Un orgullo, que combinándose con su instinto agresivo, sintetiza con verdad psicológica aquel grito popular con que saluda a su patria.

Pero esta soberbia de ser chileno lo hace áspero con el extranjero. Cuando confronta la realidad extranjera con su realidad, y presiente que aquella es superior, evitará reconocerlo. Se empinará sobre sí mismo, tomará medidas de su futuro y determinará ser más grande, con heroica y amenazante resolución. Así se ha transformado en un espíritu localista. Sólo es deferente, alegre y cordial con quien llega humilde-

mente, sin vanidad ni petulancia.

Mas no todo es dureza en el chileno. Su misma actitud de silencio lo convierte en un ser de aguda y penetrante observación. Sólo un pueblo frío, con riendas interiores, puede alardear esta capacidad extraordinaria para llegar al íntimo sentido de las cosas. Tal cualidad le depara una ironía natural, un humorismo varonil y acre, de espléndida ley. Y sin embargo, esta no es siempre su diversión. Para divertirse, para abrir todas las fronteras del alma, todas las tranqueiras del espíritu y diluirse en una alegría fisiológica, el chileno tiene que perder su equilibrio mental. Es decir, tiene que alcoholizarse. Y esta manía, que es un efecto y una causa, es su más grave y seria manía. Todas las virtudes del alma chilena, que hacen de este pueblo un núcleo varonil de extraordinarias cualidades potenciales, están contrapesadas por este vicio de honda e inquietante gravedad.

El alcoholismo no será destruído desde el poder. Ninguna casta dominante se ha suicidado económicamente en el curso de la historia. Pero tampoco será desterrado desde abajo, por los consumidores o víctimas. Y es que en Chile media un factor psicológico. Un antiguo complejo mental asigna cierta máxima masculinidad al hombre que bebe alcohol sin prudencia. El fuerte pueblo chileno cultiva el concepto con devota preferencia. Para ser hombre, para ser «chileno»—que es algo más que ser genéricamente hombre,—hay que tomar sin vacilaciones, sin excusas, con grandes tragos de varón. Un vocablo típico alumbró esta valoración subconsciente. El ebrio en lenguaje popular está «curado». El abstencionismo, por tanto, es la enfermedad. La alcoholización es la salud, es la «cura».

Pero este vicio no se carga impunemente. Según estadísticas oficiales, sobre 170 mil delitos, 84 mil fueron por ebriedad. Tal proporción ilumina el campo de nuestras

observaciones. El alcoholismo va repercutiendo por ondas concéntricas en los distintos planos de la vida nacional. El obrero, por ejemplo, es irregular en sus compromisos, falta a su trabajo, perjudica el desarrollo industrial. Abandona su hogar y descuida su vestimenta. Se le llama «roto», y en este vocablo típico se sintetiza tristemente la astrosa miseria originada, en parte, por el vicio degenerador.

El articulista cree que el vicio nacional que analiza ha tenido consecuencias de todo orden en el desarrollo de las diversas actividades del país, y que hasta en la política puede seguirse su trayectoria:

El movimiento político reflejó un tiempo esta desorganización o desenfreno. Una influencia, que llamaremos de segundo grado, alcanzó el plano de la vida pública. Hubo entonces, un breve instante de vacilación, de abandono. El recto camino institucional seguido por Chile desde la independencia aparecía confuso. Había hecho crisis el parlamentarismo. Y principalmente era inestable y crítica la situación económica. Inepta para resolver enérgicamente el problema, la conciencia civil se desorientó, y el país creyó verse en los umbrales del caos.

Surgió, entonces, con excesivo apuro, la única fuerza organizada del país.

Para Seoane, el reseñado es el camino por el cual ha llegado a la política, a la dirección de lo que se ha llamado la «cosa pública» el conjunto de las fuerzas armadas de la nación.

Es interesante observar el concepto de la vida nacional chilena, que desde el extranjero ha movido al escritor peruano a dedicarnos algunas líneas sugerentes. —ARIEL.